

Universidad de Valladolid, Valladolid, 2007, 301 pp.

Durante buena parte del siglo XX, la economía de la actual Castilla y León se ha caracterizado por el predominio de las actividades agrícolas y ganaderas. Al iniciarse el franquismo, el sector secundario se concentraba en unas pocas industrias tradicionales, que transformaban materias primas de fácil acceso (trigo, remolacha, lana...) y requerían un volumen mínimo de inversión (garantizado por el capital familiar o local). En los años cuarenta y cincuenta, con el telón de fondo de la autarquía y el intervencionismo, el tejido industrial castellano-leonés experimentó una cierta expansión. No obstante, esta expansión se concentró en las industrias básicas y de bienes de equipo, a las que el estado franquista privilegió en detrimento de las industrias de bienes de consumo. Analizar esta dinámica industrial es el objetivo del libro de Monserrat Álvarez que aquí presentamos. La autora inicia su estudio con una síntesis, elaborada a partir de una limitada selección bibliográfica, de la política económica aplicada desde el final de la guerra civil hasta la aprobación del Plan de Estabilización. A continuación, examina la evolución, a nivel nacional, regional y provincial, de los cuatro sectores más representativos de la industria castellano-leonesa durante las dos primeras décadas del franquismo: la alimentación, el textil, la química y la metalurgia. Cierran el libro unas breves conclusiones.

En términos generales, las fábricas castellano-leonesas, como las del resto del estado español, se desarrollaron con dificultades en los años cuarenta, dadas las carencias tecnológicas, las dificultades para obtener licencias de importación, la asignación insuficiente de cupos de energía y materias primas, y la prioridad otorgada por la legislación oficial a las industrias relacionadas con la defensa y otros sectores “de interés nacional”. En todo caso, los empresarios con negocios en Castilla y León se beneficiaron del favor estatal más que los de otras regiones, en gran parte por el apoyo prestado a Franco durante la guerra civil. Muchos obtuvieron, en régimen preferente, los permisos, la financiación y los inputs necesarios para la puesta en funcionamiento de sus plantas productivas. En los años cincuenta, a medida que avanzaban los procesos de normalización política exterior y recuperación económica interior, las industrias castellanas arrojaron índices de crecimiento superiores a los del decenio precedente. Los empresarios renovaron, al menos en parte, su inexistente o anticuada maquinaria industrial gracias a las importaciones europeas y norteamericanas, al tiempo que la asistencia técnica exterior permitía a los trabajadores formarse en el manejo de máquinas modernas y en la aplicación de nuevos procesos de fabricación. De 1941 a 1959 el Instituto Nacional de Industria (INI) diri-

gió a Castilla y León entre el 5 y el 12 % de su capital, logrando imponerse, según la autora, a la iniciativa privada ya establecida o que intentaba establecerse en la región. Entre los proyectos del INI en la zona, materializados en su mayoría durante el primer franquismo, destacaron las actividades de la Empresa Nacional del Aluminio S.A. (ENDASA), la Empresa Nacional de Autocamiones S.A. (ENASA) y la firma Fabricación Española de Fibras Artificiales S.A. (FEFASA). Buena parte de las empresas creadas o participadas por el Instituto se ubicaron en la provincia de Valladolid, que disponía de buenas comunicaciones ferroviarias con el resto de la península, energía eléctrica en abundancia, una reserva importante de mano de obra de origen rural y un cierto desarrollo industrial previo, sobre todo en el sector de la metalurgia y los transformadores metálicos.

El sector de la alimentación, presente en todas las provincias, se caracterizó por la pervivencia de un gran número de pequeñas empresas, en su mayoría familiares, escasamente mecanizadas y con trabajadores de bajo o nulo nivel técnico. Destacaron la industria azucarera y la industria harinera. La primera se concentró en torno a la cuenca del Duero y la segunda en el tramo del Canal de Castilla comprendido entre Palencia y Valladolid. Su producción, relativamente elevada en cantidad y calidad, animó a la expansión de numerosas industrias derivadas, como las de dulces, galletas y pastas para sopas. La industria textil castellano-leonesa, por su parte, creció sensiblemente durante la guerra civil, gracias al abastecimiento a las tropas del bando rebelde. La guerra permitió a las empresas castellanas, localizadas en zona nacional, librarse de la competencia de las fábricas catalanas y valencianas, ubicadas en zona republicana, de manera que el producto textil castellano, a menudo de calidad inferior, obtuvo un mercado seguro. La crisis reapareció, sin embargo, en la segunda mitad de los cuarenta, fruto de la insuficiencia de inversiones e innovaciones. Los elevados costes de producción, unidos a la baja productividad, originaron precios de venta excesivamente altos, exceptuando las fibras artificiales. En materia química, Castilla y León contó con empresas importantes en algunos subsectores y provincias, como la industria farmacéutica de León, la de sulfuros de Burgos, la de carburos de Palencia o la de abonos nitrogenados de Valladolid. Su desarrollo se vio, no obstante, entorpecido por la excesiva atomización de la producción y las frecuentes interrupciones en el suministro de materias primas, maquinaria y técnicas. Como el textil, la industria metalúrgica (en realidad fundiciones y talleres dispersos alrededor de la ciudad de Valladolid) se benefició del suministro de material de guerra al ejército nacional en 1936-39, y en los años de posguerra pudo recuperar su actividad principal: la reparación de maquinaria agrícola. Aunque predominó la empresa familiar, hubo también grandes empresas, como ENDASA en Valladolid, que mantuvieron una estrecha relación con firmas extranjeras para el aprovisionamiento en materias primas y la recepción de asistencia técnica. También la industria del automóvil contó con ayuda extranjera, en particular francesa. En 1951 se constituyó la firma Fabricaciones de Automóviles S.A. (FASA), con capital vallisoletano y licencias de la Régie Nationale des Usines Renault (RNUR). La fuerte demanda interior y la protección frente a la competencia extranjera le aseguraron un fuerte crecimiento en los años del desarrollo.

En definitiva, el gobierno franquista otorgó a Castilla y León un papel destacado en su agenda industrializadora, sobre todo por razones de política nacional. En la región se concentraban autoridades y empresarios considerados no problemáticos por su afinidad

al régimen, y a los que había que agradecer el apoyo prestado durante la guerra civil. La autarquía potenció la expansión de las industrias de interés militar y otras consideradas preferentes como la química, en perjuicio de las industrias de bienes de consumo tradicionales, que eran las que en principio contaban con mayores ventajas comparativas en la región. Este crecimiento diferencial determinó una especialización regional y consolidó unos desequilibrios espaciales, que pervivirían durante largo tiempo. En todo caso, la gran empresa era minoritaria en la Castilla y León de finales de los cincuenta. El mapa empresarial de la región se caracterizaba por el predominio de las pequeñas empresas familiares, que utilizaban una tecnología poco compleja y una mano de obra escasamente cualificada. Su producción, limitada en cantidad y calidad, se hallaba dispersa entre múltiples establecimientos y tenía como destino casi único el mercado local. La confluencia entre baja productividad y altos costes limitó enormemente los márgenes de beneficio empresarial. El paro y subempleo consecuentes obligaron a numerosos trabajadores a emigrar a regiones más industrializadas de dentro y fuera de España, de modo que la población activa de la región acusó una tendencia decreciente durante buena parte del período franquista.

El trabajo de Monserrat Álvarez, resultado de varios años de investigación, contribuye a mejorar nuestro conocimiento sobre los efectos de la intervención estatal en Castilla y León durante el primer franquismo. Falta un balance integral sobre el conjunto de los sectores y provincias considerados, pero los análisis particulares nos permiten concluir que la política industrial franquista no redundó en beneficio de la región, sino de unas pocas empresas consideradas “de interés nacional” y de unos pocos empresarios vinculados estrechamente al régimen. Se echa de menos, en este sentido, un examen más detallado de las redes de relaciones tejidas entre el poder económico y el poder político, con mención expresa a algunas de las personalidades más significativas. Efecto directo de la acción estatal, a finales de los años cincuenta, Valladolid, y en menor medida Burgos y León, se habían especializado en la producción de bienes de equipo, mientras que el resto de las provincias continuaban con su producción tradicional de bienes de consumo, en su mayoría alimentos y textiles. El trabajo de Monserrat Álvarez constituye, en definitiva, el necesario punto de partida de una investigación que habrá que profundizar en un futuro. Será necesario ampliar su contenido excesivamente descriptivo y poco crítico (hay epígrafes integrados por un simple inventario de fábricas). Será necesario, además, añadir a las fuentes oficiales editadas que constituyen la base del libro (Sindicato Vertical, Ministerio de Industria, Cámara Oficial de Comercio e Industria de Valladolid), otras fuentes, en particular archivísticas, que apenas son tratadas y que sin duda contribuirán a enriquecer el resultado final.

ESTHER M. SÁNCHEZ SÁNCHEZ